

Investigaciones  
autofinanciadas

Self-funded  
Research

# El lenguaje de la dominación en la *Recopilación historial* de Fray Pedro de Aguado\*

Marta González de Díaz\*\*

Recibido: 2 de mayo de 2011  
Evaluado: 8 de junio de 2011  
Aceptado: 18 de julio de 2011

## RESUMEN

A partir de los capítulos I-V de la *Recopilación historial* de Fray Pedro de Aguado, en el artículo se analiza el tema de la dominación y se examinan los elementos lingüísticos de diversa índole que reflejan las actitudes de los conquistadores frente a los indígenas. Tal recopilación permite ver la renuencia de los nativos frente a las imposiciones de los españoles, como también la incapacidad de estos últimos para comprender las prácticas culturales propias del Nuevo Mundo.

## PALABRAS CLAVE

Pedro de Aguado, *Recopilación historial*, dominación, conquista, conquistadores, indígenas.

\* El artículo es resultado de la Investigación "Historia y narración en la literatura de la conquista y la colonia en Colombia" adscrita a la Unidad de Investigación de la Universidad Santo Tomás, Bogotá.

\*\* Licenciada en Filología Románica de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás, Bogotá. Correo electrónico: martagon@cable.net.co

# The language of dominance in the *Recopilación historial* by Friar Pedro de Aguado

*Marta González de Díaz*

## **ABSTRACT**

Chapters I to V of the *Recopilación historial* by Friar Pedro de Aguado carry out an analysis of dominance examining the various linguistic elements that mirror the conquerors' attitudes towards the indigenous people. Moreover, this work gives light about the indigenous' reluctance to cultural impositions of the Spanish conquerors. This compilation allows us to see the reluctance of the natives to the impositions of the Spanish, as well as the inability of the last ones to understand the cultural practices of the New World.

## **KEYWORDS**

Pedro de Aguado, *Recopilación historial*, dominance, conquest, conquerors, natives.

Recibido: 2 de mayo de 2011  
Evaluado: 8 de junio de 2011  
Aceptado: 18 de julio de 2011

## PRESENTACIÓN

Los crecientes y relevantes logros de las crónicas y el marcado desarrollo que éstas han tenido en diversos lugares del continente ha servido, entre otras cosas, para despertar interés por esos escritos, en tanto no representan sólo documentos históricos, sino también son expresiones literarias que forman parte del acervo cultural que configura nuestra identidad.

El choque cultural y la inesperada novedad geográfica con la cual se enfrentaron los conquistadores sirvieron de acicate a los cronistas para la elaboración de una escritura que se vio obligada a recrearse. Como tendremos ocasión de verlo, sus narraciones e informes se desarrollaron dentro de los marcos establecidos por la literatura renacentista, la cual establecía formas de expresión y ordenamiento de los conceptos según las normas heredadas de Aristóteles. Ahora bien, las realidades que debían describir eran tan inesperadas que se vieron obligados a romper, en cierta medida, dichos moldes, de tal manera que la narración de los acontecimientos se vio permeada por creaciones ficcionales.

Como bien lo han señalado los mismos cronistas e historiógrafos del siglo XVI, la magna aventura realizada a partir de 1492 adquirió proporciones incalculables que no pudo sino despertar un profundo desconcierto, sobre todo por las dimensiones geográficas y las costumbres de sus pobladores. Con el descubrimiento de América se da inicio a una época que muy bien cabría calificar con las palabras del fraile dominico de las Casas, refiriéndose a los viajes de Cristóbal Colón: “Tan nueva y tan nunca [...] vista

ni oída” (Historia de las Indias I: 88, citado en Todorov, 2008: 15).

Ahora bien, la conquista, empresa que siguió a la llegada de Colón, se deja ver como profundamente compleja y ambigua cuando se lee a la luz de los testimonios dados por los mismos conquistadores españoles. Deslumbrados por el paisaje y lo exuberante de la naturaleza, así como por las formas de vida de sus habitantes, no atinaban a organizar el itinerario propuesto que les exigía un reconocimiento del lugar y unas aproximaciones respetuosas hacia los nativos de los lugares descubiertos. Las normas de conducta que debían regir sus tareas no parecían poderse adecuar a las realidades encontradas.

A ello se añadía, como bien lo señala Octavio Paz, un elemento adicional que convertía la empresa en un verdadero conflicto de intereses de carácter personal:

En su conciencia y en la de sus ejércitos – escribe Paz– combaten nociones opuestas: los intereses de la monarquía y los individuales, los de la fe y los del lucro. Y cada conquistador, cada misionero y cada burócrata es un campo de batalla. Si aisladamente considerados cada uno representa a los grandes poderes que se disputan la dirección de la sociedad –el feudalismo, la Iglesia y la monarquía absoluta–, en su interior pelean otras tendencias. Las mismas que distinguen a España del resto de Europa, y que la hacen, en el sentido literal de la palabra, una nación excéntrica (2008: 30).

Como podemos ver, en el proceso de la conquista se confrontan dos clases diferentes de elementos que contribuyen a su complejidad. Por una parte están aquellos que cabría llamar “elementos objetivos”, como son los provenientes de la feracidad

y las dimensiones de la naturaleza, de sus selvas interminables, de su vegetación descomunal, del caudal de sus ríos, etc. A esto se añaden las organizaciones políticas, las formas de vida de sus habitantes, las manifestaciones religiosas percibidas como idólatricas y los comportamientos sociales que no podían menos que chocar con las normas derivadas de una moral marcada por la religión católica.

En efecto, los conquistadores, al llegar a tierras vírgenes y comprobar el estado salvaje de los indígenas, se preocuparon por las condiciones primarias en las que estos vivían y por la forma apasionada e irreflexiva de concebir el mundo, pero, sobre todo, por sus procederes infieles e idólatras. La tarea de los españoles no hubiera podido ser más exigente, ya que se enfrentaban a poblaciones carentes de parámetros sociales semejantes a los europeos, patrones con los que los conquistadores actuaban y juzgaban a los nativos. Este contacto con las comunidades aborígenes les sirvió como punto de referencia para pensar en su propia cultura y observarla bajo un prisma novedoso.

Por otra parte, cabe señalar los “elementos subjetivos” a los que hace mención Octavio Paz. Si en España se enfrentaban los intereses de la Corona con los del feudalismo y, en cierta medida, con los de la Iglesia, a ello se sumaban los intereses particulares de los conquistadores, quienes con frecuencia colidían con los anteriores. Todo ello contribuyó a configurar un universo complejo y ambiguo que planteó serios desafíos a sus cronistas y que no pudo menos que reflejarse en sus escritos, en los recursos retóricos y estilísticos de los que tuvieron que servirse.

La manera como los investigadores han abordado esta cuestión y la diversidad de

horizontes y propuestas que han surgido del universo indiano sería suficiente para componer y recomponer el mundo de los siglos XVI y XVII imaginado por los cronistas. En sus narraciones, este universo presentado por fervorosos aventureros de la fe –tal como ocurrió en las épicas caballerescas– estaba inundado de indios salvajes, caníbales y adoradores de ídolos. El enfrentamiento con los recién llegados conquistadores originó una batalla librada desigualmente, pero unos y otros fueron presa del temor que les infundía el hecho inesperado. La incomunicación de los primeros y el carácter huidizo de los segundos hizo de este encuentro inaugural un escenario poco confiable para ambos bandos, que rivalizaban por la conquista y la defensa de un territorio.

### **LA RECOPIACIÓN HISTORIAL DE FRAY PEDRO DE AGUADO**

Esta crónica del ilustre franciscano nos va a llevar por territorios de Venezuela y Nueva Granada, poblaciones asignadas a la Orden Franciscana para realizar la misión evangelizadora y dar así cumplimiento a las órdenes de Felipe II. Nos situamos en pleno siglo XVI, año 1570. Fray Pedro se va a desplazar por los territorios mencionados, cumpliendo con el dictado de la Orden y siguiendo al pie de la letra a San Francisco, “para quien la idea de ir a la conquista de los impíos debía llevarse a cabo con persuasión, pues la formación de un imperio cristiano sólo era posible mediante la conquista espiritual” (Borja, J.H., 2002: 45).

Además de sus labores de predicador, Fray Pedro tenía como tarea elaborar un informe para la Corona española acerca del proceso de evangelización. Había llegado a América con un grupo de cincuenta frailes

franciscanos bajo las órdenes de Fray Luis Zapata, comisario-reformador de la Orden en el Perú. La vida de Fray Pedro transcurre en el Virreinato de la Nueva Granada, donde llegó a ser Provincial de su Orden, luego de lo cual regresó a España, donde murió.

Siguiendo a Jacques Lafaye, “por una especie de paradoja, los conquistadores espirituales, los misioneros católicos, cuya misión consistía en extirpar las creencias paganas y en borrar sus huellas, fueron los que conservaron el patrimonio cultural indígena de las comunidades andinas y del Caribe” (1999: 103). Esto se explica precisamente por el propósito de su tarea: convertirlos a la fe católica, haciendo de ellos fieles vasallos de la Corona española, por lo cual se veían obligados a conocer sus costumbres, al aprendizaje de sus lenguas y a buscar adentrarse en sus manifestaciones culturales, para luego transformarlas. De ahí que haya sido a través de la Iglesia como se llegaron a realizar verdaderas obras de arte, adaptadas a la estética de los pueblos y a las habilidades de sus artesanos.

Proveniente de una familia acomodada y habiendo recibido la formación teológica que exigía su calidad de sacerdote, Fray Pedro disponía de los elementos indispensables para el cumplimiento de su tarea de cronista. Sus informes debían cumplir con ciertos requisitos exigidos por el Rey, tanto en lo que respecta a la veracidad de lo narrado como a la corrección de lo escrito. En otras palabras, la Corona estipulaba que los cronistas debían cuidar tanto el contenido de sus informes como la forma de redactarlos.

El reto que estos debían cumplir estaba enmarcado por condiciones y situaciones diversas. En primera instancia, uno de los

factores y rasgo más importante que debía cumplir la crónica era su carácter testimonial, ya que narraba lo visto y lo protagonizado por los cronistas. Relatos directos, sencillos, sin más recurso que la narración de los hechos. Además, la crónica debía ajustarse y observar un discurso retórico que respondiera a una serie de moldes pre-establecidos, de acuerdo con los dictados del siglo XVI, que eran herederos de la tradición cristiana medieval.

Por otra parte, es preciso decir que la escritura de las crónicas durante este siglo estaba perfectamente estructurada y obedecía a concepciones desde las cuales los cronistas españoles captaban, ordenaban y describían los hechos de la conquista, la colonización de América y del mundo desconocido al que se enfrentaban.

De esta manera, al tratarse de documentos de carácter oficial, su propósito estaba condicionado por las circunstancias que rodeaban el ejercicio del poder. Lejos de ser meras descripciones de los acontecimientos, las crónicas buscaban orientar las políticas de la Corona con respecto a los territorios descubiertos. Como bien lo señala Mariluz Toro:

Las concepciones de los cronistas estaban vinculadas estrechamente a las problemáticas y a los debates de la época, y por esta razón las *Crónicas de Indias* no constituyen actos espontáneos de escritura de la realidad, ni obedecen sólo al asombro ante lo desconocido (2003: 117-118).

En cuanto al estatuto que debía regir las crónicas, se trataba de dar cuenta tanto de la historia, es decir, de los acontecimientos de territorios evangelizados como muestra de la expansión del reino en el orden económico,

religioso y social, como también de las relaciones y encuentros con los indígenas; situación que debía proporcionarles la vía para alcanzar un primer diálogo. Esta operación retórica estaba determinada por una gran arrogancia cultural que impedía el reconocimiento del nativo americano y exigía su sometimiento.

Buscando aplicar estos principios a la realidad americana, en Fray Pedro se hace clara esa arrogancia en repetidas ocasiones, al destacar los caracteres que, según él, indicaban la “inferioridad natural” de los indígenas. Aparecen con frecuencia en sus escritos categorías como soberbia, ingratitud, sodomía, idolatría, etc., que reflejan claramente la forma en que manifestaciones culturales diferentes causaron desconcierto y rechazo en los conquistadores. La mezcla de formas culturales extrañas y de comportamientos que quebrantaban las normas morales del catolicismo llevó a los españoles a considerar a los indios como seres inferiores, cercanos a la animalidad.

Señala Todorov:

Su actitud frente a esta otra cultura es, en el mejor de los casos, la del coleccionista de curiosidades, y nunca la acompaña un intento de comprensión: al observar por vez primera construcciones con trabajos de albañilería (durante el cuarto viaje, en la costa de Honduras) se conforma [Colón] con ordenar que arranquen un trozo para guardarlo como recuerdo (2008: 45).

Las actitudes arrogantes y orgullosas de los conquistadores frente a los indígenas explican el poco interés por crear vínculos y un mayor reconocimiento cultural. La idea de establecer relaciones humanas que permitieran una concepción más elaborada de su

expresión, de sus afectos y de su dedicación estaba lejos de sus mentes.

Ahora bien, la resistencia de los indígenas a someterse a las condiciones de los españoles fue interpretada como muestra de una profunda soberbia. En su estudio *Perfiles del mal en la historia de Colombia*, Ángela Uribe (2009) nos recuerda la narración de Fray Bartolomé de Las Casas sobre la figura llamada “requerimiento”. Según lo establecido por la Corona española, el conquistador debía dar a conocer a los indígenas dos requerimientos que debían cumplir si querían vivir en paz y no ser sometidos a la fuerza: aceptar la religión católica y reconocerse como vasallos del Rey de España, a quien el Papa, en nombre de Dios, había entregado los territorios de esta parte del mundo. Habiendo sido enviado el bachiller Enciso a tierras del cacique Cinú, el español le hace conocer los requerimientos. El bachiller narra al Rey lo que aconteció de la siguiente manera:

Respondiéronme que en lo que decía que no había sino un Dios y que éste gobernaba en el cielo y en la tierra, y que era señor de todo, que les parecía bien y que así debía ser; pero que en lo que decía que el Papa era señor de todo el Universo, en lugar de Dios, que él había hecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el Papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey, que pedía y tomaba la merced, debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y que fuese allá a tomarla, que ellos le pondrían la cabeza en un palo, como tenían otras, que mostraron, de enemigos suyos, puestas encima de sendos palos, cabe el lugar; y dijeron que ellos eran señores de su tierra y que no había menester otro señor (De Las Casas, 1956: 231, citado en Uribe, 2009: 63-64).

En su *Recopilación historial*, Fray Pedro va mostrando de una manera bien articulada cómo el texto debe seguir la presentación de falencias y virtudes, al destacar en su narración que el hombre posee una capacidad innata de hacer el bien, pero que una vez poseído por sus pasiones se torna violento y despiadado en sus comportamientos. Esta situación de soberbia, rebeldía e idolatría, unida a rasgos étnicos y al color oscuro de la piel, otorga una apreciación cultural sobre los aborígenes, lo que se convierte en el rechazo colonialista que llevará al desprecio y a la discriminación. Oigamos las palabras de Fray Pedro refiriéndose a las actitudes de los indígenas:

La ceguera e ignorancia de estas gentes era tan grande y ellos estaban tan metidos en el error y pecado de la idolatría y de adorar y respetar tanta diversidad de simulacros y dioses imaginados por ellos y hechos por sus propias manos, que verdaderamente quisieron también tener por tales a los españoles, y aun afirmativamente con obstinación cierto tiempo creyeron y los tuvieron en reputación de hijos del sol, a quien ellos tenían y adoraban por su principal dios, al cual tenían dedicados templos en que ofrecían y hacían sus sacrificios de humanas criaturas, oro, esmeraldas, mantas y otras cosas. Pues de tener en la imaginación los indios, como he dicho, que los españoles eran hijos del sol, vinieron a llamarlos Xua, y así mismo imaginaron que por mandado del sol venían estos sus hijos, a quienes ellos tenían por inmortales, a castigarlos de sus desméritos y culpas, a los cuales hacían sacrificio como a dioses e hijos del sol, ofreciéndoles por los caminos y poniéndoles en algunas partes de ellos, por vía de sacrificio, algunas mantas y oro y esmeraldas, y junto con estos sahumeros de moque y otros pestíferos olores, de los cuales

suelen usar en sus templos los sacerdotes o xeques (1906: 119-120).

A primera vista, las apreciaciones de Fray Pedro dan cuenta del horizonte cultural que el fraile pone en práctica, moldeado a imagen y semejanza del mundo medieval que era su referente más cercano. La asimilación del Nuevo Mundo se ofrecía a los conquistadores que, entre incrédulos y fascinados por la visión de seres tan extraños y poseedores de costumbres tan diferentes, no atinaban a saber cómo actuar frente a prácticas idólatricas que ellos consideraban abominables. Muchos españoles observaban los rituales con indignación, otros veían en las ofrendas de ídolos la misma presencia del diablo, y otros, entre ellos algunos misioneros, se veían movidos a someterlos por la fuerza.

Tales actitudes negativas no suelen ser visibles a primera vista, porque si hay algo que caracteriza a los indígenas es su mansedumbre. No obstante, la soberbia se pone de presente una vez que los conquistadores, al desconocer sus formas de vida, los agredían en forma violenta, causando reacciones desproporcionadas y haciendo que el indígena defendiera “a rabiar” su hábitat y sus costumbres.

De acuerdo a los parámetros retóricos que maneja el franciscano, la exposición de vicios y virtudes en las actuaciones de los hombres responde a esa concepción cristiana, expresada históricamente en la dualidad bien y mal que “justifica la escritura de la historia como un acto moral” (Borja, J.H., 2002: 78).

Vista así, la narración de Fray Pedro adquiere una textura más tolerante y llega casi a

justificar los comportamientos de los conquistadores, quienes, animados por la certeza de sus convicciones religiosas y morales, imponían su ley a sangre y fuego, sin el más mínimo reparo y haciendo caso omiso del dolor de los seres humanos frente a los que actuaban. Tanto en lo teológico como en lo moral, el carácter dogmático propio de la tradición católica del siglo XVI le daba a los conquistadores una seguridad sobre sus principios, lo que les impedía comprender formas diferentes de proceder. Tal modo de comportarse se acentuaba como resultado de la confrontación con la Reforma Protestante y para el caso del franciscano se veía reforzado aún más en tanto sus creencias religiosas formaban parte integral de la vida.

### **LA CRÓNICA COMO RÉGIMEN DISCURSIVO Y EL FENÓMENO DE LA DOMINACIÓN**

Detengámonos brevemente para examinar la categoría de dominación expresada a lo largo del texto. Los libros I al V de la primera parte de la *Recopilación historial* narran específicamente la fundación de la ciudad de Santa Marta. El franciscano se detiene en pormenores de la gesta fundacional y detalla minuciosamente los lugares geográficos y las dificultades de los españoles al encontrarse en sitios tan hostiles que los peligros a los que estaban expuestos impedían grandemente el avance hacia los lugares adonde debían llegar para cumplir el itinerario trazado.

La escritura de Fray Pedro en estos primeros libros es elogiosa frente a los conquistadores. Al tiempo que va presentando las riquezas materiales de la región, la narración se detiene para mostrar el coraje y las virtudes de los españoles. Ahora bien, es muy cierto que Fray Pedro reconoce algunas virtudes en los indígenas, como el hecho de ser

colaboradores y mostrar alguna estima por los conquistadores. Sin embargo, su mirada inquisidora y crítica no escatima adjetivos de inferioridad para con los nativos: bárbaros, idólatras, infieles, sumisos, brutos, animales.

Estos rasgos negativos señalados por el fraile vienen a servir de contraste para resaltar la imagen de los conquistadores; figura retórica que, como lo señala Borja, se repite varias veces en el texto del franciscano: “Recalcar el salvajismo de los indígenas de la región tiene como función la comparación con las virtudes de los españoles y mostrar el triunfo de la virtud sobre el vicio” (2002: 82).

Fray Pedro no ahorra epítetos para expresar su desagrado y su rechazo cuando se refiere a las formas de religiosidad de los indígenas:

Estos bárbaros entre las otras supersticiones que de su religión siguen y tienen, es hacer algunos sacrificios en los templos del sol de hombres humanos, cuyos cuerpos, después de muertos, ponen en muy altos cerros para que el sol se sustente de ellos y los coma, y esta tienen por muy común opinión entre ellos; y cuando alguna seca les sobreviene, dicen que el sol su dios está enojado, porque no le proveen de mantenimiento, y así, para aplacar su furor y darle de comer y que no retenga las lluvias, le hacen luego muy grandes sacrificios de gente humana, según que también trataré más particularmente (1906: 121).

Más adelante narra cómo el general Jiménez de Quesada se adentra en el territorio “de la lengua Zaque”, hasta llegar al pueblo de Guachetá,

cuyos moradores, por la nueva que ya de atrás tenían del poco mal y daño que los españoles hacían, los esperaron

de paz sólo por ver una cosa para ellos tan hazañosa y extraña, pues ni la habían visto, ni oído decir a sus mayores, como eran los españoles, gente vestida y blanca, y adornados los rostros con barbas; y aquella grandeza y generosidad de los caballos y la ligereza de los perros; que de cada cosa de estas imaginaban estos bárbaros cien mil géneros de vanidades, porque como estas gentes, demás de ser tan agrestes y de muy bajos y humildes entendimientos, ninguna noticia ni lumbre de fe natural tenían, con lo cual hubiesen jamás alcanzado a ver un Dios que todas las cosas crió, y estuviesen tan ciegos en la creencia y religión de sus falsos y vanos dioses a quienes ellos atribuyen un poder tan limitado, que aun la creación de las cosas que tenían y poseían en general no les atribuían, admirábase y con mucha razón de lo que en los españoles y en sus jumentos veían (1906: 124).

Aquí el contraste no puede ser mayor: frente a la bondad y superioridad de los españoles, los indígenas se muestran como seres ignorantes, incapaces de verdadera reflexión, cuyas creencias religiosas son de una simplicidad casi increíble. Las formas lexicales utilizadas por el religioso dejan ver una superioridad que se considera con el derecho de establecer las normas de conducta y de imponer su religión, exigiendo de los aborígenes sometimiento sin condiciones.

En este orden de ideas, las conductas exigidas por parte de los recién llegados revelan el distanciamiento entre dos grupos humanos que se movían con conductas realmente heterogéneas. No es de extrañar, entonces, que el texto de Fray Pedro se vea atravesado por un sinnúmero de observaciones de carácter impositivo, las cuales, interpretadas y traducidas a la luz de la significación lingüística, reflejan un texto marcado por un conciencia clara de superioridad.

La *Recopilación historial* puede ser leída teniendo en cuenta el binomio hombre español civilizado y detentor del poder, frente a indígenas sumisos y apocados, receptores pasivos de la autoridad peninsular. El primer elemento de la comparación se define por lo que él es, por la visión que presenta: europeo, “poseedor de una visión totalizante que concuerda con los valores de la Europa imperial” (Adorno, 1988: 56). El segundo elemento connota todo aquello que define al indígena como un homúnculo incapaz de tener un pensamiento elaborado y, por lo tanto, presa fácil de domesticación.

La lectura de la *Recopilación historial* nos deja al menos dos enseñanzas. La primera de ellas está relacionada con el texto en su forma externa. Esta escritura, tal como lo hemos podido apreciar, obedece a unos lineamientos claros y precisos que hunden sus raíces en la tradición aristotélica, la cual definía explícitamente el orden para producir el discurso. En este sentido, el lector conocía por adelantado cuáles podían ser sus expectativas y podía entender muy bien los juicios de valor con los que el cronista solía adobar generosamente sus narraciones.

La segunda enseñanza concierne a la apreciación del significado subyacente al texto, que forma una capa de sentido relacionada con el estilo literario de la época y con el metatexto que corre parejo a la historia, en el cual se descubre un aparato conceptual religioso, bíblico y moral. En este orden de ideas, al ir al descubrimiento de aquello que transmiten las crónicas, y en especial la *Recopilación historial*, encontramos que el cronista se ha servido de la historia como una manera de contar el acontecimiento para preservarlo del olvido. En este sentido, está haciendo uso de un hecho que realmente

ocurrió. Pero otra cosa muy distinta es la manera de darlo a conocer; aquí hace uso de diferentes prácticas literarias que se inscriben ya no en la historia, sino en la ficción. A este aspecto de las crónicas nos hemos referido en nuestro estudio sobre Fray Pedro Simón y Juan Rodríguez Freyle.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

Este ejercicio de reflexión sobre nuestro pasado nos permite conocer mejor las raíces y el marco cultural, religioso y político en el que vivieron nuestros antepasados, al igual que hace posible comprender mejor

nuestro presente y proyectar mejor nuestro futuro.

No cabe duda de que el proceso de la conquista constituyó un choque frontal y sin mediaciones entre formas de comprender la realidad y de comportarse socialmente; formas no sólo diferentes, sino excluyentes en muchos aspectos. La lectura cuidadosa de las crónicas viene a ser un tesoro inagotable para tratar de comprender esa historia que, queramos o no, es el fundamento sobre el cual hemos venido configurando nuestra identidad. Sólo así podemos saber de dónde venimos, quiénes somos y qué nos puede deparar el futuro.

## REFERENCIAS

- Adorno, R. (1988). El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV(28), 55-68. Lima.
- Aguado, Fray Pedro. (1906). *Recopilación histórica*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Barona, G. (1993). *Los paradigmas de la "invención" de América*. Bogotá: Colcultura.
- Bolaños, Á.F. (1994). *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial. Los indios pijaos de fray Pedro Simón*. Bogotá: CEREC.
- Borja, J.H. (2002). *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado*. Bogotá: CEJA.
- Elliott, J.H. (2000). *El viejo mundo y el nuevo. 1492-1650*. Madrid: Alianza Editorial.
- González, M. (2009). *Fray Pedro Simón y Juan Rodríguez Freyle: un universo semántico por descubrir*. Bogotá, (en prensa).
- Kirkpatrick, F.A. (1970). *Los conquistadores españoles*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Lafaye, J. (1999). *Los conquistadores. Figuras y escrituras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Madrigal, L.Í. (coord.) *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Madrid: Editorial Cátedra.
- Paz, O. (2008). *Conquista y Colonia. Señal que cabalgamos, 86*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pupo-Walker, E. (1982). *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Madrid: Editorial Gredos.
- Rodríguez de Montalvo, G. (1996). *Amadís de Gaula*. Tomo I. Madrid: Editorial Cátedra.
- Simón, Fray Pedro (1981). *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*. Tomos I-VII. Bogotá: Banco Popular.
- Todorov, T. (2008). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI Editores.

- Toro, M. (2003). La construcción de la alteridad en la *Recopilación historial* de Fray Pedro de Aguado. *Historia y Sociedad*, 9, 117-150.
- Uribe, Á. (2009). *Perfiles del mal en la historia de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Humanidades.